

EL MERCURIO CUERPO A - STGO-CHILE

20.42x18.14

12

Pág. 2



10.03.2010

15632343-7

3 2 3 4 3

Un tsunami de modernidad sobre el Chile de barro

“...Domingo está angustiado porque no quiere que lo metan en una mediagua. Las ha visto y oído, y eso no es para los suyos. No quiere que pasen encajonados esos inviernos y esos veranos que en su tierra pueden ser una auténtica tortura, a menos que uno esté acogido por el barro protector...”.

JOAQUÍN GARCÍA-HUIDOBRO C.Instituto de Filosofía
Universidad de los Andes

Domingo es albañil y carpintero. Su escuela es la antigua hacienda, la de casas de teja y adobe. Es un hombre trabajador y responsable, que hace todo con cariño y por eso mismo ha sacado lecciones importantes en este terremoto, que tan fuerte ha golpeado a nuestra arquitectura rural. Ha visto qué funciona y qué no, lo sabe sólo con mirar la casa donde vive, que es la misma en la que nació hace poco más de 60 años y que los reconstructores del terremoto del 39 dejaron viva.



Domingo está afligido, porque su casa, la casa donde nacieron sus hijos, está condenada a muerte. Una “D” pintada con *spray* indica que será demolida en cuanto la retroexcavadora inexorable termine de ajustar cuentas con otras como ella. Para colmo, en un momento de debilidad, la gente de la Municipalidad le sacó la firma y todos pensarán que estamos en presencia de eso que los intelectuales llaman “consentimiento informado”. Pero no, él cree que puede salvarse. Y si no es así, él mismo está dispuesto a demolerla y construir otra

parecida, aunque sin sus errores. Él ha visto a pocas cuadras de su casa construcciones de tabiquería de adobe reforzado, que soportaron el terremoto sin una grieta.

Domingo está angustiado porque no quiere que lo metan en una mediagua. Las ha visto y oído, y eso no es para los suyos. No quiere que pasen encajonados esos inviernos y esos veranos que en su tierra pueden ser una auténtica tortura, a menos que uno esté acogido por el barro protector. Ese mismo barro que nosotros hemos hecho culpable de todos los males: “no más adobes”, repiten todos a coro, como buenos ciudadanos, sin hacer ninguna distinción. Y lo hacen con buena conciencia, creyendo que están velando por la vida de Domingo y los suyos, como si a él no le interesara mantener su pellejo.

Él no pide nada, sólo implora que le den un poco de tiempo: que lo dejen reparar la casa o afirmarla bien para, después, construir algo tranquilo cuando pase el invierno. Pero la retroexcavadora avanza más firme que un *tsunami*, bien anunciada, aplaudida por la gente de la Municipalidad, que de esta manera muestra a la prensa que es eficiente, que no tolerará esos resabios retrógrados que tantos males han causado, esos restos de la hacienda que murió a manos de la Cora y el mercado. A los otros, a su compadre y a su cuñado, la máquina no les ha dejado tiempo ni para retirar las vigas.

Domingo está desesperado. Dentro de poco ya no tendrá casa, sino que deberá terminar sus días en una “solución habitacional”. En el mejor de los casos quedará encerrado en una vivienda diseñada en Santiago para espacios reducidos y familias minúsculas. Y nosotros tan tranquilos, porque habremos eliminado los adobes y, de paso, el barro, ese barro que nos recuerda de dónde venimos.

Y para su frío en el invierno le mandaremos unas frazadas y para su calor un millón de Coca-Colas. Y para su desarraigo, nuestra indiferencia, nuestra conciencia bien tranquilizada por nuestro voluntariado y nuestra aséptica preocupación por eliminar el barro, y también le regalaremos nuestra modernidad, que hace caso omiso de nuestra arquitectura.

Pero no todo está perdido. Quizá los remezones de estos días permitan salir a esos arquitectos que no hacen únicamente altísimos objetos de cristal o viviendas en serie, quizá imprescindibles en Santiago. En una de esas aparecen arquitectos creativos, capaces de dar con buenas ideas para nuestra gente de campo. Tal vez alguien importante puede dar una alerta, detener el *tsunami* y sacar de Domingo esa cara de horror, de espanto, de impotencia, de sentir que uno no es nadie ante la marcha ineluctable de procesos anónimos que actúan como si lo que Domingo tiene que decir no fuera importante.